

El virrey don Luis respetaba mucho á don Antonio, y esta era costumbre suya, que fué uno de los señores de más criança que a abido en aquella tierra, porque á todos los della trataba onrradísimamente, y así fué querido y amado en grandísimo estremo, procurando el remedio de la tierra con muchas veras y amor, que con mucha razon se le podía llamar padre de todos, porque en las obras lo fué, y merçedes que hazia, así á los españoles, como á los yndios. Lindísimo gobernador, sin jénero ninguno de ynterese ni pretension de serviçio; sino gastar su renta, muy como señor, teniendo muy prinçipal casa, de muchos criados-caballeros, que bastaban onrrar la casa real quando no lo estuviera tanto: hazia plato ordinario de más de treynta ó quareynta de mesa, todos los dias desta vida, á los que querian yr á ella (entiéndese personas que mereçiesen el lugar), pues los platos que se servian, de diez ó doze arriba, eran de regaladísimas comidas; y esto duró todo el tiempo que gobernó.

Tenia muy prinçipal caça de volatería de todos vuelos y sus caçadores asalariados, y yo le conoçí caçador mayor que tenia más de dos mil ducados de renta y prinçipal hombre, que se llamaba Alonso de Nava; tenia caça de arcabuz y su caçador, que solo le servia de tenelle limpios los arcabuzes, y quando salia á Chapultepeque ó á otras partes, le daba el arcabuz puesto á punto para que tirase el tiro que le pareçia, y este era un hijodalgo de muy buen talle y abilísimo, que este fué el mejor caçador que se conoçió aber en

aquella tierra y áun creo en España (llamábase Pedro Romero); tenia su buey para las ansares y grullas, y tenia la mejor caballeriza de caballos que a tenido príncipe, porque los tuvo los mejores del mundo y muchos, y muy liberal en dallos á quien le pareçia. Él era muy lindo hombre de á caballo, jugaba á las cañas, conque onrraba la çiudad, que yo conoçí caballeros andar, quando sabian que el virrey abia de jugar las cañas, echando mil terçeros para que los metiesen en el regozijo; y el que entraba, le pareçia tener un ábito en los pechos segun quedaba onrrado. Mercader ni por pienso abia dentrar en tales regozijos, aunque los abia de mucho caudal y muy onrrado trato, y tenian los mejores ó de los buenos caballos que abia, y ricos jaezes. Hazian de estas fiestas de ochenta de á caballo, ya digo, de lo mejor de la tierra, diez en cada cuadrilla. Jaezes y boçales de plata no ay en el mundo como allí ay oy dia.

Toros no se ençerraban ménos de setenta y ochenta toros, que los trayan de los chichimecas, escojidos, bravísimos que lo son á causa de que debe aber toro que tiene veynte años y no a visto hombre, que son de los çimarrones, pues costaban mucho estos toros y tenian cuydado de los volver á sus querençias, de donde los traian, si no eran muertos aquel dia ú otros: en el campo no abia más, pues la carne á los perros. Oy dia se haze así, creo yo, porques tanto el ganado que ay, que no se mira en pagallo; y yo e visto, los dias de fiesta, como son domingos y de huardar, tener muchos ofiçiales, alanos, que los ay en cantidad, por su

pasatiempo salir á los ejidos á perrear toros, y no saber cuyos son ni procurallo, sino el primero que ven á aquel lechan los perros hasta hazelle pedaços, y así le dejan sin pagalle ni áun saber cuyo es, ni se lo piden: y esto es muy ordinario en la çiudad de Mexico y áun en toda la tierra.

Volviendo al buen caballero don Luis de Velasco, primero, él tenia la más prinçipal casa que señor la tuvo, y gastó muncho en onrrar la tierra. Tenia de costumbre, todos los sábados yr al campo, á Chapultepeque, ques un bosque como está figurado atrás, y allí tenia de ordinario media dozena de toros bravísimos: hizo donde se corriesen (un toril muy lindo): ybase allí acompañado de todos los prinçipales de la çiudad, que yrian con él çien hombres de á caballo, y á todos y á criados daba de comer, y el plato que hazia aquel día, era banquete; y esto hizo hasta que murió. Vivian todos tan contentos con él que no se trataba de otra cosa sino de regozijos y fiestas, y las que lo eran de huardar salia él en su caballo á la jineta, á la carrera, y allí la corrian los caballeros; y era de manera, que el caballo que la corria delante dél aquellos dias, solo, y la pasaba, claro, era de gran preçio; y así, todos no trataban de otra cosa sino criar sus caballos y regalallos para el domingo, quel virrey le viese correr, y tener sus adereços muy limpios. Él los via pasar su carrera, y eran tantos que con yr temprano faltaba tiempo, y era la prisa de yr, á la carrera, que llegaban çinco ó seis al puesto, uno tras otro; y pretales de cascabeles todos los llevaban de sus casas, los moços, por la pri-

sa: en verdad que creo, de ordinario, los que la corrian paseada eran más de çinquenta. Tanta era la jente que yba, que no dejaban correr los caballos, ni áun pasar, si no era atropellándola, ni bastaban alhuaziles, que yban con el virrey á apartalla. De allí se yba el virrey á su casa, llenas las calles de hombres de á caballo, y él, en las que le pareçia, llamaba á su caballerizo y corria con él un par de parejas, y esto hazia por no enjendrar envidia en los caballeros, si era su compañero uno y otro no, y usaba deste término por no agraviar á nayde. Con esto los tenia á todos muy contentos y no pensaban en más de sus caballos yalcones, y en cómo dar gusto al virrey, y ellos en onrrar su çiudad con estas fiestas y regozijos.

Çierto, que el virrey que ubiere de gobernar aquella tierra a de tener grandísimo gusto desto, y animar los caballeros á que se ejerçiten en estos tan virtuosos ejerçicios, para que no den en lo que dieron, despues de muerto este buen caballero, que todo lo tenia llano, y no abia quien se acordase de rebelion, ni por pienso, sino todos trataban de caballos, justas, sortijas, juegos de cañas, carrera pública; y estaban con esto tan contentos, que yo oí dizir á un hombre muy desenvuelto, tratando quán padre de todos era el virrey don Luis: — Yo juro á Dios, que si el rey enviase á quitar á todos los pueblos y las haciendas, que los consolaba el virrey y hazia olvidar este daño, con hazer sonar un pretales de cascabeles por las calles, segun están todos metidos en regozijos. — Y tenia razon, porque la tierra estaba muy quie-

ta y buena. No era este ejercicio tan vicio, que no era de mucha importancia, porque todos criaban y tenían caballos y armas, y estaban muy ajilitados en ellas, y es una de las fuerzas de aquel reyno, los caballos; y así, mediante ellos, despues de la voluntad de Nuestro Señor, fueron los que más efecto hizieron en la conquista y pacificación de todo aquel Nuevo Mundo (35). Dizir todas las cosas que se le conoçieron buenas al buen caballero don Luis de Velasco, primero deste nombre, virrey y capitán jeneral de la Nueva España, será proceder en ynfinito: la falta que él hizo en la tierra bien se a echado de ver en lo sucedido en ella, despues qué él murió.

Despues de aver los dos virreyes acordado lo que abian de hazer, que fué el yr don Antonio al Pirú por virrey y don Luis quedar en la Nueva España, se despidieron el uno del otro, y cada qual de allí se fueron á servir á su magestad en sus cargos, como se les abia mandado.



CAPÍTULO XXVI,

que trata de la llegada del virrey don Luis de Velasco, primero deste nombre, á Mexico, y de algunas cosas que sucedieron con su llegada.

DESPEDIDOS los dos virreyes, prosiguieron sus viajes, el uno para Pirú, el otro á Mexico, donde tenían muy gran recibimiento al virrey don Luis, con el qual fué recibido, como es costumbre hazello á todos los que van con semejante cargo. Presentó sus provisiones, y hizo su pleytomenaje, y dende allí en adelante venian cada dia de todo el reyno los señores á dalle la ubidiencia. Luego, á los primeros meses de su gobernación, pareció venia diferente de lo que despues fué, y andaba la tierra descontenta, porque echaban ménos al virrey don Antonio, al